



Zuera, 07-11-09

III ENCUENTRO DE AGENTES DE CÁRITAS DEL MEDIO RURAL.

Palabras del Director de Caritas Diocesana de Zaragoza, Carlos Sauras Herrera.

-Os saludo a todos. Unos hemos hecho menos kilómetros que otros para llegar hasta Zuera. Algunos venís de lugares más alejados de nuestra diócesis, como por ejemplo de mi tierra, del Bajo Aragón. Saludo al Vicario episcopal, a Jesús.

-A todos –voluntarios y técnicos de las diversas zonas-, gracias por dedicar esta jornada del sábado a reflexionar sobre vuestro trabajo en Caritas: A reflexionar sobre lo que nuestros hermanos pobres y excluidos -a quienes nos debemos- esperan de nosotros y para reflexionar, también, sobre lo que la Iglesia -dentro de la cual Caritas ejerce de forma preferente el ministerio de la caridad- nos encomienda en nombre de Jesús.

-Hoy os acompañan desde Zaragoza también el Secretario General, la Responsable voluntaria y la Técnico del Área de Animación de Caritas de Base. Nuestro deseo es escucharos en este III Encuentro de Agentes de Caritas del Medio Rural de la diócesis de Zaragoza. El encuentro tiene para muchos de vosotros un valor especial, precisamente porque no os resulta fácil el coincidir con la frecuencia que os gustaría. Es, sin duda, como me decía Tere Escuin, una ocasión de compartir muchas cosas y de daros cuenta que no estáis solos.

-La realidad del mundo rural es distinta de lo que se puede observar en la ciudad de Zaragoza, aunque en algunos aspectos los modos de vida y las costumbres se hayan ido homologando. También la crisis actual afecta, aunque sea de distinto modo y en distinto grado. Desgraciadamente también han llegado a nuestras comarcas el paro, los expedientes de regulación de empleo, la incertidumbre para muchos jóvenes sobre su futuro, a pesar de que en muchos casos poseen una mayor formación que las generaciones anteriores.

-Por eso, en el medio rural Caritas debe respetar sus notas específicas, sintiéndose en todo momento solidaria con quienes peor lo pasan en las ciudades o el resto de nuestro territorio.

-Sabéis, que se ha repetido incesantemente en este último año, que la crisis ofrece oportunidades de cambio, sobre todo de cambio de valores. Por ejemplo, a muchas personas, a mí también, les ha hecho reflexionar mucho lo acontecido con el proyecto de Gran Scala. Un proyecto que es inviable en muchos sentidos, insostenible desde el punto de vista de un desarrollo donde el primer valor sean las personas, un proyecto que comporta graves riesgos sociales de todo tipo, un proyecto que se ve a veces como la última esperanza de un pueblo.

¿Qué falla ahí? Sin duda, a pesar de todo el progreso alcanzado, muchos de nuestros pueblos carecen de esperanza, no tienen ninguna ilusión social en el futuro que viene y ven que la despoblación de los núcleos más pequeños los llevara a una desertización humana mayor de la que conocemos.

-Sin duda alguna en muchos casos han fracasado, o sencillamente ni se han planteado, políticas eficaces de sostenimiento del territorio. Y no solo eso, sino que en esta crisis se ha puesto de manifiesto una falta de agilidad y de sensibilidad en las administraciones públicas para atender a una de sus obligaciones legales: la gestión de las ayudas de urgente necesidad. Cáritas ha de exigir, tanto en el medio rural como en el urbano, que los gobernantes cumplan con su misión. Ese cumplimiento es lo que justifica la existencia de un funcionariado -en algunos casos muy burocratizado- y la dotación de unos presupuestos que deben ser suficientes para atender las necesidades más básicas de los ciudadanos necesitados y excluidos.

-Si la administración hace su trabajo, a Cáritas le corresponderá sobre todo el acompañamiento a las familias. Un acompañamiento que va desde lo más elemental hasta lo más general. En lo sencillo, porque en nuestros pueblos hay, por ejemplo, mucha ancianidad y mucha soledad. No hace mucho, en la presentación de la Campaña de Navidad en una zona rural de la diócesis, nos contaba uno de los párrocos como una persona había muerto sola en su casa, en un pueblo de pocos habitantes, sin que nadie se enterara hasta pasados varios días.

-Cáritas, como la Iglesia entera, ha de poner sus fuerzas en acompañar a las familias. Y la forma más eficaz de hacerlo es animar las comunidades para que tomen conciencia de la situación de los pueblos. Trabajar para conseguir comunidades vivas para conseguir lugares habitables y, en la medida de lo posible, habitados, donde sea posible contar con un acceso justo a los servicios de todo tipo.

-En estos tiempos lo que más necesitamos es la esperanza. En los años de crecimiento económico que vivimos antes de la crisis -donde el enriquecimiento se distribuyó mal y no se disminuyeron los porcentajes de pobreza-, en esa etapa tal vez había un alto nivel de consumo y de búsqueda del bienestar pero no se produjo un crecimiento en valores sociales y personales.

El acompañamiento de Cáritas debe dirigirse sobre todo a la formación del corazón. Hemos de ser capaces de entregar a los demás no solo buenas prácticas y eficaces formas de hacer. Las personas buscan, en el fondo, cercanía y esperanza para seguir adelante.

Por eso me gustaría terminar recordando unas palabras que el Papa Benedicto XVI dirigía en su encíclica “Deus caritas est” a cuantos trabajan como técnicos o como

voluntarios en las instituciones caritativas de la Iglesia. “Deben distinguirse –dice- no por limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad. Por eso, dichos agentes, además de la preparación profesional necesitan también, y sobre todo, una formación del corazón”. (Deus caritas est, 31)

De nuevo, gracias a todos por trabajar en Cáritas y por estar hoy aquí.